

## INTRODUCCIÓN

### «LOS REALISTAS AMERICANOS EN LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA»

Debatir sobre los bicentenarios, el americano y el español, resulta indispensable por la proximidad de las fechas que los avivan en el recuerdo, pero además como sano ejercicio de crítica historiográfica en torno a sus significados, sus motivaciones y sus resultados.

Tales fueron los motivos del seminario internacional celebrado en Concepción (Chile), convocado bajo el título «Los otros patriotas. Los otros bicentenarios», organizado por las Universidades de las Américas y San Sebastián, con el patrocinio del Consejo de Estudios Hispánicos "Felipe II". Durante dos días, el 18 y el 19 de agosto de 2008, estudiosos y especialistas de Hispanoamérica y España expusieron investigaciones y trabajos en torno a los bicentenarios y las guerras de la independencia, reflexionaron y discutieron las complejidades y las muchas dimensiones de los temas, concentrándose en el análisis de las expresiones nacionales de tal proceso histórico, particularmente en los realistas y fidelistas americanos.

Somos conscientes de que uno de los problemas historiográficos que debe afrontar la historia «corriente» de las independencias es el siguiente: dar por descontado la inevitabilidad, tanto como la necesidad, de las revoluciones en tierras americanas. Tal escuela historiográfica conserva, sin duda, una impronta iluminista, que insiste en hacernos ver el desgranamiento del orbe hispano como la forzosa consecuencia de la ley del progreso o el fatal e inevitable

corolario de las tendencias histórico-políticas e ideológicas de la época, a las que se da por buenas sin mayor examen. Nos atreveríamos a decir que si asistió razón a Ernst Nolte al calificar como «guerra civil europea» el trágico período de 1917 a 1945, no sería errado denominar como «guerra civil» al desarrollo de la revolución en España y América a comienzos del siglo XIX. Guerra civil que en muchos casos no concluyó con las independencias sino que despertó con éstas, que a éstas es debida, y que se extendió por décadas y décadas, como se apreciará en estos estudios.

El historiador está obligado, no únicamente por una exigencia moral sino principalmente por la competencia científica de su oficio, a considerar tan extraordinario período de nuestra historia, entonces, en toda su problematicidad y variedad. Para decirlo con la preceptiva intelectual el P. Sertillanges, «un problema cualquiera no puede recluirse en sí mismo, sino que se desborda en razón de su propia naturaleza, toda vez que la inteligibilidad que reclama procede de unas fuentes más altas que él mismo».

Por tal motivo, el estudio y el debate en torno a los bicentenarios debe abrirse a su plena inteligibilidad y no encerrarse en celebraciones encomiásticas. La investigación histórica no puede ser, sin más, una apología; y tampoco caer en la diatriba infundada. La Redacción, al seleccionar, de las ponencias de aquella reunión, los trabajos que componen este dossier, se ha guiado por esa norma intelectual.

En primer lugar ha visto que es necesario ponderar los casos particulares americanos a la luz del desarrollo de la revolución en la Península, como propone Miguel Ayuso en su artículo *El «otro» bicentenario*, en el que el autor expone e indaga, ahondando, una tesis anticipada por Federico Suárez Verdeguer y que reclama ser profundizada en estos tiempos, con el propósito de registrar en América la presencia de las tendencias políticas, de disperso y mixto contenido ideológico, pero de neto trasfondo religioso, existentes en la Península. Pero como también el historiador debe permitir que su juicio crítico sea permeable a la consideración de

los aspectos teóricos e ideológicos que rodean el tema y que permitan enmarcar las independencias en la trama de la revolución moderna, se debe invitar a los estudiosos a enriquecer la sola perspectiva política de las revoluciones de la independencia con una reflexión desde la teoría política y la historia de las ideas, que es lo que se sugiere en la colaboración *Revolución e independencia*, de Juan Fernando Segovia.

Uno de los frutos del seminario de Concepción fue la revelación de que la resistencia realista de los americanos a las guerras de las independencias fue prolongada en el tiempo y numerosa en apoyo humano, que los defensores del Rey no fueron un caso extraño o extraordinario, sino más bien normal, como era de esperarse por otra parte. Es decir, que la lealtad a España no fue un fenómeno efímero e inexplicable en el suelo de la América Española; y tampoco un hecho anómalo reducido a gente acomodada o que no amaba a su patria. De ello tratan los otros artículos de este dossier.

Cristian Garay Vera, con *Los ilustres chilotes: el «Exército Real de Chile» y la resistencia insular 1812-1826*, explica eruditamente el cómo y el por qué de la resistencia realista en el sur de Chile, que no puede explicarse solamente por las características geográficas del archipiélago o por los rasgos socio-culturales de sus pobladores. Los chilotas eran convencidos católicos y realistas, ellos constituían el «núcleo de la devoción realista» en palabras de Garay Vera.

A tono con lo anterior, en la colaboración de Juan Ramírez Espíndola, *Huasos, frailes y soldados. El último bastión monarquista en la frontera hispano-mapuche, 1818-1823*, se nos advierte sobre la estrecha relación de los indígenas chilenos con las huestes monárquicas —una línea que ha indagado ya Luis Corsi Otálora, como se da cuenta en la sección de «Reseñas»— al tiempo que nos ilustra sobre la persistente resistencia a los revolucionarios aún después del celebrado éxito —y erróneamente considerado definitivo— de éstos en la batalla de Maipú.

*La cueca larga de los Pincheira. Un protocarlismo criollo*, de José Manuel González, luego de preguntarse por la peculiaridad de las guerras independentistas hispanoamericanas, y de revisar variados juicios históricos que polemizan con la versión corriente de la historia, vuelve la mirada sobre Los Pincheira, una montonera chilena que supo influir en el que sería suelo argentino, fidelistas, leales a la monarquía española, que únicamente puede comprenderse a la luz del conflicto profundo que la revolución instala entre el pasado y la aventura de una promesa que lo niega y lo destruye, dejando en la desventura a los sectores populares. Se trata del anticipo de un libro del autor aparecido en estos días.

Como denominador común, de los últimos tres artículos mencionados, encontramos que la resistencia realista, fidelista, no fue en modo alguno oligárquica, antipopular y urbana. Más bien, al contrario, numerosos sectores populares, indios y criollos, la mayor parte de ellos de raigambre rural, animaron la reacción contrarrevolucionaria y fueron el verdadero bastión de la lucha contra las ideas ilustradas y liberales de los revolucionarios. No es éste, por cierto, un descubrimiento, pero sí una seria enmienda que permite, a más de rectificar ciertas versiones de la historia «corriente», poner el centro de la discusión de los bicentenarios en un choque de mentalidades y de ideas: el enfrentamiento entre los defensores de la lealtad a un pasado beneficioso y seguro y los propulsores de doctrinas con arraigo únicamente en la especulación de los ideólogos, prometientes de un incierto futuro que los sectores populares podían anticipar a la vista de las muertes, los saqueos y las ruinas que las tropas de la libertad y la igualdad dejaban a su paso.

LA REDACCIÓN